

## CAPITULO IV.

*Vida del venerable padre Fr. Jacinto de San Francisco, uno de los fundadores de esta provincia de Zacatecas.*

Cuando Dios quiere hacer ostentacion de sus misericordias, en vano se resisten alucinadas las criaturas, porque compelidas al impulso de su divina asistencia, aunque sus corazones sean al parecer diamantinos, se ablandan por el fuego de la Divina gracia, que fuerte y suavemente dispone todas las cosas, encaminándolas á aquellos fines á que las tiene destinadas su oculta y alta Providencia: testigo es de esta verdad el objeto de que trato en este capítulo. No se sabe los padres y la patria del venerable P. Fr. Jacinto de San Francisco, y solo tengo noticia que vino con el valeroso capitán D. Fernando Cortés á la conquista de la Nueva-España, siendo uno de los que mas le ayudaron con su valor y esfuerzo á la subyugacion del imperio mexicano, por cuya causa, cuando por orden del invicto emperador Carlos V, se repartieron los pueblos en encomiendas á los conquistadores, le cupieron á nuestro venerable Fr. Jacinto los pueblos de Hueytlalpan y Tlatlahquitepec, con muchísimos esclavos y otros indios tributarios: gozando de estos bienes de fortuna, que con su valor é industria habia adquirido, y atesorando riquezas con el sudor y afanes de los indios que tenia de encomienda, caminaba presuroso nuestro Fr. Jacinto, cuando Dios, como á otro Paulo, con la voz de su inspiracion y un prodigioso suceso, le convirtió de ansioso de temporal e

riquezas en despreciador de los bienes temporales; y cuando mas engolfado estaba en la codicia de los humanos intereses, se deshizo de todos ellos con prontitud y resignacion humilde por seguir pobre y desnudo á Jesucristo. Sucedió, pues, su conversion en esta forma.

Habiendo enviado á unos indios tributarios de un pueblo suyo á ciertas diligencias que importaban al adelantamiento de sus riquezas, como á dos leguas de distancia de donde vivia, tuvo noticia que unos indios gentiles los habian cautivado y trataban de sacrificarlos á sus dioses. Dióle cuidado la noticia, y tratando de libertar á sus tributarios y librarlos de la muerte que les esperaba, se armó con toda diligencia, y recogiendo toda la gente que pudo, se encaminó en busca de los infieles para quitarles la presa, si fuese necesario, á fuerza de armas. Encontró con ellos, y no queriendo restituir los cautivos, se valió de las armas con el valor que acostumbraba; pero cuando Dios nos quiere rendidos, en vano pelea el hombre por salir triunfante y victorioso: así sucedió á D. Jacinto, que cuando mas confiado peleaba prevalecieron contra él los indios bárbaros de tal manera, que haciéndole volver las riendas al caballo apeló á la fuga, en la que le siguieron los alcances largo trecho con vivísimos deseos de matarle, en cuya refriega le dieron tales pedradas y golpes, que por milagro solo pudo haber escapado de sus tiranos deseos; pues cuando mas cercado le tenian combatiéndole por todas partes, sin saber cómo ni de qué manera, estando ya turbado del todo, se desembarazó de todos sus enemigos, y escapó de sus manos, huyéndose por un arroyo sin vereda ni camino.

Cuando se vió solo, y que de cuantos le habian intentado matar no parecia ninguno, ni le seguian los enemigos, se apeó del caballo con ánimo de descansar de la pasada refriega sobre la desnuda tierra de aquel páramo: aquí fué donde comenzando á revolver en su inquieta imaginacion los lances de su fortuna, se le ocurrieron los innumerables peligros de que Dios le habia sacado milagrosamente: aquí fué donde se hacia cargo de las divinas inspiraciones con que Dios le habia favorecido, y las que ingrato habia malogrado: aquí le venian á la memoria los peligros de la vida, que envuelta entre las vanidades del

mundo, solo le servian en los lances apretados de último torcedor para su mayor precipicio: miraba por una parte sus riquezas, señoríos y esclavos; y por otra consideraba que en el lance que le acababa de suceder y en otros muchos que le habian sucedido, de nada le habian aprovechado, y solo le hubieran servido, si hubiera muerto, de rigurosos fiscales en el tribunal divino; y estando en estas consideraciones, fué D. Jacinto arrebatado en espíritu ante el Divino Juez, donde le reprendió con aspereza por la multitud de esclavos indios que tenia sin justa causa, pues pasaban de quinientos los que tenia; hizo cargo de los pueblos que tenia de encomienda, y por última resolución le dijo, que si queria salvarse dejase los pueblos de encomienda libres y los esclavos que tenia, y que largando las riquezas en que tenia su corazón aprisionado, le siguiese pobre y desnudo por el camino de la penitencia.

Volvió en sí D. Jacinto, y se sintió tan mudado de la mano diestra del Altísimo, que sin dilación alguna, temeroso de no incurrir en la indignación divina, que pronuncia por el Eclesiástico á los que de día en día retardan su conversión; se determinó á dejar pueblos, esclavos y riquezas, y las demas vanidades con que le brindaba el mundo, por amor á Jesucristo, á quien determinó seguir pobre y desnudo por el camino de la cruz, y mortificación en la religion de mi seráfico padre San Francisco en el humilde estado de lego. Con esta determinación, habiendo dado libertad á los esclavos y dejado libres los dos numerosos pueblos que tenia de encomienda, con autoridad del gobernador del reino, y repartido de limosna entre los pobres todas las riquezas que tenia, se fué al convento de San Francisco, donde con muchas lágrimas pidió con toda humildad y rendimiento nuestro santo hábito; y atendiendo á las circunstancias de su vocación y á que su recepción seria de grande edificación al pueblo, por ser persona autorizada y conocida, se lo concedieron con mucho gusto, no sin esperanzas bien fundadas de los frutos maravillosos de todo género de virtudes, que vieron presto practicadas por el varón venerable en el estado religioso.

Luego que Fr. Jacinto de San Francisco se alistó entre los siervos de Dios, se hizo cargo de las nuevas obligaciones de su

estado, y considerando tanto tiempo como habia perdido, envuelto en las vanidades del mundo, lloraba sin consuelo y procuraba resarcirle multiplicando cada día nuevas penitencias, con que afligia su trabajado cuerpo como al mas tirano y vil esclavo, sin permitirle alivio ni descanso en las mortificaciones para reducirle en este camino á la ley del espíritu, al que tanto tiempo habia dejado correr por el camino del apetito. Propuso este venerable padre desde estos días cuanto le permitiese la obediencia, no comer carne en lo que le restaba de vida, ni vestir mas que un hábito viejo á raíz de sus carnes, como lo cumplió toda su vida, y si alguna vez los indios le ofrecieron carne de conejo ó venado, que es su continua caza, la recibia con amorosa cortesía, y con disimulo discreto la ocultaba ó se la daba á otros. Las disciplinas cotidianas que recibia, eran continuamente de sangre; si tal vez flaqueaba el cuerpo á la violencia del castigo, hacia pausa hasta que recobraba alguna fuerza para continuar con su penoso y devoto ejercicio. De esta suerte pasó el año de noviciado, sujetando las rebeldías de la carne á las leyes del espíritu, y hecho oráculo de los religiosos por sus ejemplares operaciones, le dieron la profesion con sentimiento y regocijo de todos.

Acudió á su profesion lo mas principal y lucido de México, y entre ellos el Escmo. Sr. capitán general D. Fernando Cortés y otros muchos de los conquistadores, que considerando atentamente al nuevo soldado de la milicia de Cristo en traje abatido, humilde, penitente y pobre, no podian contener los sollozos ni las lágrimas, acordándose de su valor, gala y vanidad, en que le habian visto ocupado tantos años y tan engolfado en la solicitud de las mundanas riquezas que veia con tanta generosidad despreciadas. Fué este un acto tan tierno, y de tanta edificación, que sirvió de colirio á muchos que le miraban con la reflexión debida, pues muchos abrieron los ojos, y entre ellos algunos de los conquistadores, y abrazando el desengaño, se acogieron al seguro puerto de la religion, por no zozobrar entre las tempestuosas olas de las delicias mundanas, que miraban ya como incentivos de los precipicios del mundo en que se habian visto tan próximos á caer, como muchas veces habian experimentado en varias ocasiones y lances en que se habian visto.

Hecha la profesion, se hizo de nuevo cargo de las nuevas obligaciones que tenia, y soltó de tal suerte los fervores de su espíritu, que resplandeció toda su vida en todo género de virtudes. En la oracion era continuo, teniendo por materia de sus meditaciones la vida y muerte de su amado; y como á fuerza de sus continuadas y rígidas penitencias tenia tan sujetas sus pasiones, parecia que no era criatura humana, sino pura inteligencia. Los activos vuelos de su espíritu á la Divinidad eran tan continuos, que manifestaban el superior fuego que en su corazon ardia; prorumpia este en lágrimas y suspiros que indicaban su amoroso incendio; de este se seguian sus maravillosos raptos que levantándole del suelo muchas veces, arrebatában el cuerpo á las fuerzas de la vehemencia de su espíritu. En estas y otras ocasiones tuvo altísimas inteligencias de los divinos misterios, de cuyos favores hizo su gratitud estímulo para esforzarse mas y mas cada dia en los obsequios de su amado. De la vehemencia de estos éstasis maravillosos quedaba tan elevado, absorto y fuera de sí, que, como afirma nuestro erudito Torquemada, parecia hombre sin sentido, prorumpiendo á veces en voces que daba, sin saber lo que hacia, como hombre enagenado de los sentidos.

De esta comunicacion con Dios le nacia aquel ardiente é insaciable celo de la salvacion de las almas, que le duró todo el tiempo de la vida. Es el verdadero celo, uno como extracto del amor de Dios; conoce quien le tiene que en cada alma perdida se malogra todo el precio de la redencion de Cristo; advierte que lo mismo es caer en el abismo de la perdicion, que entregarse á los ultrages del demonio la hechura de las divinas manos criada á su semejanza; penetra que en cada condenado se suscita un blasfemo horroroso que eternamente vibra su blasfema lengua contra la bondad divina, y con este conocimiento queda el corazon amante penetrado de un íntimo dolor que le compele á impedir tantos males, atropellando muertes y peligros sin atender á otra cosa que no sea el remedio de las almas, para que logradas todas sea Dios eternamente glorificado por ellas. Por esta causa cuando veia algunos mancebos españoles solteros considerando el peligro de aquella edad, compadecíase de ellos, y con lágrimas fervorosas suplicaba á cuan-

tos le parecia conveniente entrasen en la religion, deseoso de que todos se librasen de los peligros del mundo, en que él se habia visto.

Este mismo celo le obligó al cabo de su vejez, pareciéndole que se le habia pasado la vida sin aprovechar al prójimo, á pedir licencia á sus prelados para ir á ayudar á convertir los indios chichimecos que habia en los territorios de Durango y la Vizcaya. Eran estos indios los mas belicosos que hasta entonces se habian descubierto, y las incomodidades y distancias de los caminos muchas, y como su abrasado corazon allí hallaba mas descanso, en donde registraba mas peligros para la consecucion de sus fervorosos deseos, sin atender á su cansada y crecida edad, partió para esta empresa acompañando á los venerables padres Fr. Pedro de Espinareda y Fr. Diego de la Cadena con el donado Lucas en busca del padre Fr. Gerónimo de Mendoza, quien les habia solicitado para esta apostólica empresa.

Salió nuestro Fr. Jacinto con sus compañeros sin mas viático que el que promete la Divina Providencia á sus escogidos; y despues de haber caminado como ciento setenta leguas, llegaron á las orillas del arroyo de San Pedro, que hoy se llama de Graseros, tan faltos del natural sustentó por no haber tenido cosa alguna aquel dia que comer, que sin poder dar paso se tiraron debajo de un árbol los venerables varones para con el descanso recuperar parte de los perdidos alientos. Aquí clamaron de lo íntimo del corazon á Dios, pidiendo remedio para la necesidad extrema en que se hallaban, y levantándose con viva fé y esperanza firme nuestro venerable Fr. Jacinto á buscar á las orillas del rio algunas frutillas con que remediar la necesidad en que se hallaban todos, advirtió que entre las arenas del arroyo, que apenas las cubria la agua, estaban doce bagres escarciendo con tantos torneos, que levantando la cabeza daban en su modo á entender que la Providencia Divina los tenia en aquel sitio para remedio de la necesidad en que se hallaban sus siervos; llegóse Fr. Jacinto á las orillas, y los pescados se le metieron por las manos. Quedó atónito con el suceso el venerable padre Fr. Jacinto y llevándolos á los compañeros, bañados en lágrimas de devocion y ternura, dieron gracias al Au-

tor de las maravillas que así supo consolar á sus escogidos siervos, y como á verdaderos israelitas proveyó del sustento necesario en aquellas vastas soledades.

Llegaron al inmediato día al pueblo del Nombre de Dios, que había fundado el venerable Fr. Gerónimo, quien los recibió con el amor y ternura que merecían tan apostólicos huéspedes: cortejólos, si no como quisiera, á lo menos con el afecto y efecto que daban lugar las penurias de aquellas recién descubiertas tierras. Luego que Fr. Jacinto se vió entre los indios bárbaros de la villa, se hizo cargo de que si había borrado plaza de temporal soldado, ahora con mas verdad que nunca se alistaba soldado apostólico en la espiritual milicia, y que si antes gustoso emprendía riesgos y trabajos para conquistar provincias, ahora con mas regocijo debía esponerse á cualquier riesgo por ganar á Dios las almas. Con estos discursos comenzó luego á tratar á los indios con toda benignidad y amor, degenerando de aquella antigua severidad y rectitud que en los anteriores tiempos había usado con ellos, y como los bárbaros sabían que había sido hombre de valor, y que de los de su nacion había conseguido singulares triunfos, y por otra parte le miraban tan manso, apacible y suave con ellos, le cobraron grandísimo amor, y así se andaba con ellos, y en sus tierras y montañas solo, tan seguro, como pudiera en el convento entre los mas benignos religiosos.

Todo el tiempo que este venerable varon moró en esta provincia, vivió ocupado en la conversion de los indios, y en la enseñanza de la doctrina cristiana, con tan infatigable teson, que cuando tuvo instruidos á los indios del Nombre de Dios en la doctrina, luego pasó á instruir los del Peñol de San Buenaventura, que son los que hoy están en San Juan del Rio, y los que moran en Covadonga: enseñábales juntamente á cantar y oficiar las misas; hacíales que cantasen ó rezasen el rosario ó corona de María Santísima, y al fin de cada ejercicio los tenía tan aleccionados, que entonaban el himno: *Pange lingua*, con tal devocion y tono, que como resonaban entre los grandes las sonoras voces de los niños, movían á devocion y ternura, oír de boca de los inocentes las divinas alabanzas, y como estas eran de noche, por no impedirles el trabajo para su sustento,

con el silencio causaba mas armonía y dulzura. Quedaron los indios tan acostumbrados á estos devotos ejercicios en que los impuso el venerable Fr. Jacinto, su maestro, que habiéndose alzado los indios del Peñol, se juntaban de noche en la serranía, y practicaban el rezo de la doctrina, y al fin cantaban el himno: *Pange lingua*, con la misma devocion que pudieran ejecutarlo en las iglesias cuando vivían sujetos en los pueblos; y como estos devotos ejercicios eran previas disposiciones para que Dios alumbrara sus bárbaros entendimientos, tuvieron la dicha de reducirse otra vez al gremio de la Iglesia, de que habían sido miembros, congregándose voluntariamente y á persuasion de nuestros religiosos, en el pueblo de San Juan del Rio, que es uno de los mejores que tiene esta provincia, así en lo fértil del terreno, como en la bondad y amor de los indios á nuestros religiosos.

Sucedió por estos tiempos que los indios de los contornos de Durango mataron con crueldad algunos españoles, y á dos religiosos nuestros que se ocupaban en su conversion en sus rancherías, y deseando Fr. Jacinto la misma dicha, salió en busca de los bárbaros, y habiéndolos encontrado, comenzó en su idioma, que entendía, á persuadirles las verdades de nuestra fé católica, y afearlos con aspereza la tirana y cruel muerte que habían dado á los religiosos sus hermanos, y cuando, puesto en las manos de Dios, juzgaba que le quitarían la vida, por la estension de la gloria de Dios, le rodearon los indios bárbaros, y con ademanes de rendidos, le dijeron: "No te canses, hermano *Sintos*, que así le llamaban los indios, que á tí, aunque nos riñas y azotes, no te podemos hacer daño, porque te queremos mucho, y eres nuestro compañero y hermano." De buena gana el venerable religioso renunciara el cariño que le tenían, porque deseaba con vivas ansias padecer por Dios muchos trabajos y afrentas, hasta perder la vida, si fuera voluntad divina, á manos de los bárbaros; pero llamándose á lo interior de su nada, se tenía por indigno de tanta dicha; y así, se derramaba en la presencia divina en copiosas lágrimas, pidiendo perdon á Dios de las culpas que le hacían indigno de perder la vida por su amor á manos de los tiranos.

Con la buena suerte que tuvo con los bárbaros, y con el amor

que le tenían, traía de la sierra todos los días muchísimos à las doctrinas, y enseñàndoles las oraciones cristianas, y toda buena educacion y crianza, los entregaba à los ministros para que los bautizasen, quedando en los pueblos mas mansos que corderos, los que pocos días antes eran en los campos sangrientos lobos. En estos santos ejercicios se ocupaba Fr. Jacinto en las nuevas doctrinas que tenía la custodia en aquellos tiempos, y habiendo padecido muchos trabajos en la conversion, y reducido al verdadero rebaño de la Iglesia innumerables almas, se retirò por la obediencia al convento de la villa del Nombre de Dios, que entonces era casa de noviciado y Seminario de la custodia, donde ejecutó obras de tanto merecimiento, como las que hasta entonces habia practicado desde el día de su conversion prodigiosa; y absortó en la contemplacion de los divinos misterios, hacia una vida toda angélica, con edificacion y admiracion de los religiosos, y aun de todos los españoles é indios de todos los contornos.

Singulares prodigios ejecutó la diestra del Altísimo por su venerable siervo, segun consta de tradiciones antiguas de los españoles de la Vizcaya, y otros indios principales, que los experimentaron unos, y otros que los supieron de sus padres; pero me abstengo de referirlos en esta Crónica, porque no tienen el sólido fundamento que yo quisiera; y como los prodigios y milagros que dicen obró el Señor por su siervo, son conservados en las memorias de los hombres, y no en autorizados papeles, los refieren con alguna variedad, y yo no escribo cosa en esta Crónica que no vaya afianzada con seguros instrumentos, y con dichos de ancianos de verdad y contestes; lo que sí aseguran todos uniformes es, que era el médico general de toda la tierra, y que á su contacto ninguna enfermedad se resistia, aunque fuera la mas peligrosa, sin mas medicamento que poner á los enfermos en la iglesia, y haciendo oracion por ellos al Santísimo Sacramento, de que era especialísimo devoto, los ungia con el aceite de su lámpara, y quedaban los que tenían fé repentinamente sanos, de suerte que el aceite de la lámpara del Santísimo, aplicado por mano de Fr. Jacinto, era el sànalo todo en todos aquellos paises. Con este aceite, aplicado por el venerable padre, recibieron oido tres sordos, lengua dos mudos,

vista un ciego, y dos mudos à nativitate: con este aceite confortó los yertos miembros de un paralítico, y mundificò las llagas acanceradas de un español y dos indias, que estando desahuciadas de remedio humano, le hallaron fácil en el aceite de la lámpara, aplicado por Fr. Jacinto; y en fin, cuantos milagros se refieren obró Dios à favor de este religioso venerable en beneficio del prójimo, todos fueron con el aceite de la lámpara del Santísimo Sacramento, encubriendo el humilde religioso por este medio el singular don de curacion que Dios le habia concedido, en cuya seguridad tenía Dios como asalariada su omnipotencia.

Conociendo el venerable Fr. Jacinto que se llegaba el tiempo de gozar los premios de su trabajo, quince días antes que muriese, estando del todo sano, no cesaba de cantar à imitacion del cisne, que cuando siente su fin, entonces celebra con mas armónica dulzura sus funerales. Suplicaba á todos, y aun á su mismo guardian, que le acompañasen á cantar el himno *Pange lingua*, asegurándole que le comunicaba Dios cosas novísimas, que escedian la capacidad humana, y que nunca hasta entonces se las habia comunicado. De esta suerte estuvo cantando con los mozuelos y niños recién convertidos el himno referido, hasta los trece días, y en el último se confesó con su guardian generalmente, diciéndole que al siguiente día seria su muerte: no dió el guardian total crédito á su dicho, porque aunque tenía hecho grandísimo concepto del religioso, advertia que estaba sano y robusto; pero luego vió claramente la verdad del vaticinio, pues saliendo á la mañana de la celda en que moraba al patio ó claustro, le picó un alacran muy pequeño, cuya ponzoña de tal suerte se apoderó de las venas, que solamente dió lugar á que se le administrasen con devocion los Santos Sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Estrema Uncion, que luego que la recibió, entregó su espíritu en las manos del Señor, con tanto sosiego, como si hubiera quedado en un dulce sueño, sin señal alguna del tósigo que le quitó la vida, dejando á la piedad mas envidiosa que sentida de la feliz muerte que gozaba.

Luego que los indios supieron su muerte, lloraban tiernamente la ausencia de su amado padre, como pudieran llorar

las de sus padres naturales, y à descompasados alaridos que pudieran enternecer á los peñascos, significaban su sentimiento, prueba de que le amaban con extremo, porque en sus ásperos naturales no caben semejantes demostraciones; pero en esta ocasion dieron agua los pedernales, que tantas veces brotaron incendios para abrasar la tierra. Entrábase los indios á lo mas retirado de la tierra, y à las mas ásperas montañas, á dar noticia á los compañeros de la muerte de su padre y hermano Fr. Jacinto, con que se supo con brevedad en todas sus incultas rancherías, de las que venian á tropas por venerar y ver á lo menos el sepulcro de su difunto padre, trayendo para poner sobre él por ofrenda, miel, incienso y cera, que es el fruto de la serranía.

Pasó este venerable varon de esta vida á la eterna el año de 1567, á los noventa y tres años de su edad, y cuarenta y uno de hábito, sin que en todo el tiempo que fué religioso, pecase mortalmente, como lo afirmó el guardian con quien se confesó generalmente para morir. Diósele sepultura debajo del dormitorio, que entonces servia de iglesia, y habiéndose acabado la iglesia que se estaba haciendo, al cabo de dos años trasladaron este venerable cadáver à la iglesia nueva, el que hallaron incorrupto, y tan fresco y flecsible, como si acabara de espirar, sin que le faltara ni un pelo de todo su cuerpo: luego que comenzaron á descubrir la tierra, y luego que comenzaron á descubrir el cuerpo, comenzó á sentirse por todo el ámbito de lo que servia de templo, una suavísima fragancia, que se fué aumentando, hasta que le descubrieron del todo, de que fueron testigos cuantos se hallaron presentes, españoles é indios. Diéronle sepultura, no sin muchas lágrimas de los circunstantes, en la capilla mayor, señalando su sepulcro con un marco de madera en la superficie de la tierra, para que no se olvidase el sitio en que descansa este bendito religioso.

Desde esta traslacion no se ha vuelto á ver si permanece ó no incorrupto el cuerpo de este bendito padre: lo que me refirió á mí un religioso digno de todo crédito fué, que hallándose de guardian en el convento de la villa, deseoso de saber si perseveraba la incorrupcion de varon tan apostólico, con ánimo de hacerle un sepulcro de cantería señalado si le encontraba en-

tero; en el silencio de la noche se determinó à cavar el sepulcro, y al primer golpe que dió en el ámbito de su marco, conoció que habia temblado la tierra y aun todo el templo, y asombrado con el suceso desistió de la empresa, y por no tentar á Dios, maravilloso en sus santos, se salió de la iglesia compungido. Entre los españoles de México, por los años de 1609 aun perseveraba memoria de las religiosísimas virtudes de este venerable sugeto, y hoy en todos los contornos de la Vizcaya es muy célebre su memoria entre los religiosos españoles é indios, y estos con especialidad le veneran hoy como á santo; acudiendo hasta hoy dia los indios de la villa al sepulcro á implorar su intercesion para el alivio de sus necesidades, que suelen tener el alivio que desean por medio del patrocinio de este venerable padre. Prueba es de la veneracion que le tienen, el que el dia de finados à competencia los indios solicitan poner sus ofrendas sobre el sepulcro de este bendito religioso, sin que el dilatado término de ciento setenta años haya borrado de su memoria los beneficios que de su caritativo celo recibieron, y siendo los indios de su naturaleza ingratos, es cosa muy para ponderarlos.

